

traciones de desagrado. Desde entonces el autor de *El sí*, á quien se dijo que la conspiración había sido fraguada en el cuarto de mi ama, interrumpió la tibia amistad que con ésta le unía. La González pagó este desvío con un cordial aborrecimiento.

III

Contando este suceso, muy anterior á los que son objeto del presente libro, empesaré mi narración, la cual irá al compás de ciertos hechos ocurridos en el otoño de 1807, año que en la mente de los madrilleños quedó marcado con el recuerdo de la famosa conspiración del Escorial.

No quiero escribir una palabra más, sin daros á conocer á una persona que desde aquellos días ocupó lugar privilegiado en mi corazón, siendo á la vez, como se verá por este relato, lección viva de mi existencia, pues la enseñanza que de su conocimiento me provino contribuyó de un modo poderoso á formar mi carácter.

Todas las ropas de teatro y de calle que usaba mi ama, eran confeccionadas por una costurera de la calle de Cañizares, excelente y honradísima mujer, joven aún, aunque desmejorada por el trabajo, discreta y afable, en tales términos, que por entre la corteza de su malestar presente parecían distinguirse nacimiento y condición muy superiores. Esto no era más que apariencia; pero á la citada persona le pasaba lo contrario de los que á otros pasa, y es que son nobles sin parecerlo. Doña Juana, que este era el nombre de aquella santa mujer, tenía una hija llamada Inés, de quince años de edad, la cual le ayudaba en sus tareas, con más solicitud de la que podía esperarse de su delicado organismo y edad temprana.

Enaltecían á esta muchacha, además de las gracias de su persona, un buen sentido, cual no he visto jamás en criatura de su mismo sexo ni aun del nuestro, amaestrado ya por los

años. Inés tenía el dón especialísimo de poner todas las cosas en su verdadero lugar, viéndolas con luz singular y muy clara, concedida á su privilegiado entendimiento sin duda para suplir con ella la inferioridad que le negó la fortuna. No he visto en mi larga vida otra muchacha que á aquella se asemejase, y estoy seguro de que á muchos parecerá este tipo invención mía pues no comprenderán que haya existido, entre las infinitas hijas de Eva, una tan diferente de las demás. Pero créanlo bajo mi palabra honrada.

Si ustedes hubieran conocido á Inés, y notado la imperturbable serenidad de su semblante, imagen del espíritu más tranquilo, más equilibrado, más claro, más dueño de sí mismo que ha animado el corporal barro, no pondrían en duda lo que digo. Todo en ella era sencillez, hasta su hermosura, no á propósito para despertar mundano entusiasmo amoroso sino semejante á una de esas figuras simbólicas, que no están materialmente representadas en ninguna parte; pero que vemos con los ojos del alma, cuando las ideas, agitándose en nuestra mente, pugnan por vestirme de formas visibles en la obscura región del cerebro.

Su lenguaje era también la misma sencillez; jamás decía cosa alguna que no sorprendiese como la más clara y expresiva verdad. Sus razones, trayéndome al sentido equitativo y templado de todas las cosas, daban á mi entendimiento un descanso, un aplomo, de que carecía obrando por sí mismo. Puedo decir, comparando mi espíritu con el de Inés, y escudriñando la radical diferencia entre uno y otro, que el de ella tenía un centro y el mío no. El mío divagaba llevado y traído por impresiones diversas, por sentimientos contradictorios y repentinos: mis facultades eran como meteoros errantes que tan pronto brillan como se oscurecen, tan pronto marchan como chocan, según la influencia recibida de superiores cuerpos; mientras las suyas eran un completo y armónico sistema planetario, atraído, puesto en movimiento y calentado por el gran sol de su pura conciencia.

Alguien se burlará de estas indicaciones psicológicas que yo quisiera fuesen tan exactas como las concibe mi obscura

inteligencia; alguien encontrará digna de risa la presentación de semejante heroína y harán mil aspavientos al ver que he querido hacer una irrisoria *Beatrice* con los materiales de una modistilla; pero estas burlas no me importan y sigo.

Desde que conocí á Inés, la amé del modo más extraño que pueden ustedes imaginar: una viva inclinación arrastraba mi corazón hacia ella; pero esta inclinación era como el culto que tributamos á una superioridad indiscutible, como la fe que nos ocupa sublimando lo más noble de nuestro ser; pero dejando siempre libre una parte de él para las pasiones del mundo. Así es que, sin dejar de ser Inés para mí [la primera de todas las mujeres, yo creía poder amar á otras con amor apropiado á las circunstancias de cada momento de la vida.

Yo he observado que los que se consagran á un ideal, casi nunca lo hacen por entero; dejan una parte de sí mismos para el mundo, á que están unidos aunque sólo sea por el suelo que pisan. Hago esta observación fastidiosa, por si contribuye á esclarecer el peculiar estado de mi alma ante tan noble criatura. ¡Y era modista, una modistilla! Reid si os place.

El tercer individuo de aquella honesta familia era el padre Celestino Santos del Malvar, hermano del difunto esposo de Doña Juana, tío por lo tanto de Inés, clérigo desde su mocedad, varón simplísimo y benévolo, pero el más desgraciado de su clase, pues no tenía rentas, ni capellanía, ni beneficio alguno. Su modestia, su buena fe y su candor inagotable fueron sin duda parte á tenerle en la miseria por tanto tiempo; y él, aunque era un gran latino, jamás pudo conseguir colocación alguna. Pasaba la vida escribiendo memoriales al Príncipe de la Paz, de quien era paisano y fué allá en la niñez amigo; mas ni el Príncipe ni nadie le hacía caso.

Cuando Godoy subió al ministerio prometiéndole una canonía ó ración, y en la época de este relato hacia catorce años que Don Celestino del Malvar estaba esperando lo prometido; mas sin que la tardanza del favor hiciese desmayar su ingenua confianza. Siempre que se le preguntaba, respondía:—"La semana que viene recibiré el nombramiento: así me lo ha dicho el oficial de la secretaria." De este modo pasaron catorce años, y la semana que viene no venía nunca.

Siempre que yo iba á aquella casa conrecados de mi ama, me detenía todo el tiempo posible, y á ella acudía también en mis ratos de ocio, gozando mucho en contemplar la apacible existencia de una familia cuyos tres individuos tan honda simpatía habían despertado en mi corazón. Doña Juana y su hija siempre cosiendo, cosiendo con eterna aguja una tela sin fin. De esto vivían los tres, pues el padre Celestino, tocando la flauta, haciendo versos latinos, ó consumiendo tinta y papel en larguísimos memoriales, no ganaba más caudal que el de sus esperanzas, siempre colocadas á interés compuesto.

Nuestras conversaciones eran siempre entretenidas y amenas. Yo les contaba mi breve historia, y les hacía reír dándoles á conocer los locos proyectos que imaginaba para lo porvenir. Nos reíamos discretamente y sin saña de la buena fe de D. Celestino, y éste, después de salir á informarse de su asunto, volvía lleno de júbilo, dejaba sobre una silla el sombrero de teja y el manteo, y restregándose las manos, decía al sentarse junto á nosotros:

—Ahora sí que va de veras. La semana que entra, sin falta. Me han dicho que ocurrieron ciertas dilacioncillas; pero ya están vencidas, á Dios gracias. La semana que entra, sin falta.

Cierto día le dije:

—Usted, D. Celestino, no ha conseguido ya lo que desea, porque es hombre encogido y no se lanza. . . . pues. . . . no se lanza.

—¿Qué es eso de lanzarse, chiquillo?—me preguntó.

—Pues. . . . á mí me han dicho que hoy conviene pedir veinte para que den cinco. Además, váyase el mérito con mil demonios: lo que conviene es tener desvergüenza para meterse en todas partes, buscar la amistad de personas poderosas; en fin, hacer lo que los demás han hecho para subir á esos puestos en que son la admiración del mundo.

—¡Ah, Gabriel!—dijo Doña Juana.—Tú eres un ambiciosillo á quien alguien ha trastornado el juicio. Lo que menos crees tú es que te has de ver por ensalmo en la corte, cubier-

to de galones y mandando y disponiendo desde la Secretaría del Despacho.

—Justo y cabal, señora mía—dije yo riendo y atento á lo que expresaba el semblante de Inés, con quien repetidas veces había hablado del mismo asunto.—Aunque estoy en el mundo sin padre ni madre, ni perro que me ladre, yo creo que bien puedo esperar lo que otros han tenido sin ser más sabios que yo. De menos hizo Dios á Cañete, á quien hizo de un puñete.

—Tú tienes disposición, Gabriel—dijo gravemente D. Celestino;—y mucho será que de un día para otro no te veamos convertido en personaje. Entonces no te dignarás hablarnos, ni vendrás á casa; pero, hijo, es preciso que aprendas los clásicos latinos, sin lo cual no hallarás abierta ninguna de las puertas de la fortuna; y además te aconsejo que aprendas á tañer la flauta, porque la música es suavizadora de las costumbres, endulza los ánimos más agrios, y predispone á la benevolencia para con los que la manejan bien. Y si no, ahí me tienes á mí, que de seguro nada habría conseguido si de antiguo no cultivara mi entendimiento con aquellas dos divinísimas artes.

—No echaré en saco roto la advertencia—repuse,—pues todos sabemos á qué debe su encumbramiento el hombre más poderoso que hay hoy en España después del Rey.

—¡Calumnias!—exclamó irritado el sacerdote.—Mi paisano, amigo y Mecenaz, el señor Príncipe de la Paz, debe su elevación á su gran mérito, á su sabiduría y tacto político, y no á supuestas habilidades en la guitarra y las castañuelas, como dice el estólido vulgo.

Sea lo que quiera—añadi yo,—lo cierto es que ese hombre, de humildísimo guardia ha subido á cuanto hay que subir. Bien claro está.

—Pues no dudes que tú harás otro tanto—dijo con ironía doña Juana.—De hombres se hacen los obispos, como dijo el otro.

—Verdad es—repuse siguiendo la broma,—y juro que he de hacer á D. Celestino arzobispo de Toledo.

—Alto allá—dijo el clérigo seriamente.—No aceptaré y non

cargo para el que me reconozco sin méritos. Bastante tendré yo con una capellanía de Reyes Nuevos ó el arcedianato de Talavera.

Así siguió entre burlas y veras la conversación, hasta que saliendo de la salita doña Juana y el buen presbítero, nos dejaron solos á Inés y á mí.

--Cómo se rien de mis proyectos, niñita mía--le dije.--Pero tú comprenderás que un muchacho como yo no debe contentarse con servir á cómicos por toda su vida. A ver: de todo lo que yo puedo ser, Dios mediante, ¿qué te gusta más? Escoje: ¿te gustaría que fuese capitán general, príncipe coronado, con vasallos y ejército, señor de muchas tierras, primer ministro que quite y ponga los empleados á su antojo, obispo?--No, obispo no, porque entonces no podría casame contigo, para hacerte llevar en carroza de doce caballos.

Inés se puso á reír, como quien oye un cuento de esos cuyo chiste consiste en la magnitud de lo absurdo.

--Ríete de mí, pero contesta: ¿qué quieres más?

--Lo que quiero--dijo suspendiendo la costura.--es verte general, primer ministro, gran duque, emperador ó arzobispo; pero de tal modo, que cuando te acuestes por la noche en tu colchoncito de plumas, puedas decir: hoy no he hecho mal á nadie ni nadie ha muerto por mi causa.

--Pero reinita--dije yo interesándome más cada vez en aquel coloquio;--si llego á ser eso que dices (pues bien podría suceder), ¿qué importa que mueran por mí ó por bien del Estado tres ó cuatro prójimos que nada significan en el mundo?

--Bueno--repuso ella,--pero que los maten otros. Si tú llegas á ser eso que has dicho, y para mantenerte en un puesto que no mereces, necesitas sacrificar á muchos desgraciados buen provecho te haga.

--¿Qué escrupulosa eres, Inesilla!--dije.--Si te hiciera caso, mi vida se encerraría entre cuatro paredes. ¿Qué es eso de sacrificar desgraciados? Yo voy á mi negocio, y los demás... como yo no he de matar á nadie. Y sobre todo, si hago daño á alguno, serán tantos los que reciban beneficios de mi mano, que todo quedará compensado, y mi conciencia en santa paz.

Veo que tú no te entusiasmas como yo, ni piensas lo que yo pienso. ¿Quieres que te sea franco? Pues oye. A mí se me ha metido en la cabeza que cuando tenga más años, he de ocupar una posición... qué sé yo... me mareo pensando en esto. No te pudo decir ni cómo he de llegar á ella, ni quién me dará la mano para subir de un salto tantos escalones; pero ello es que yo cavilo en esto, y me figuro que ya me estoy viendo elevado á la más alta dignidad por una dama poderosa que me haga su secretario, ó por un señorón que me crea listo para ayudarle en sus asuntos; no te enfades, chiquilla, que cuando tales cosas se ocurren y uno tiene la cabeza llena á todas horas de los mismos pensamientos, al fin tiene que salir cierto, como este es día.

Inés no se enfadaba, sino que reía. Después marcando con su aguja el compás gramatical de su discurso, me dijo:

--Pues mira: si tú hubieras nacido en cuna de príncipes, no te digo que no. Pero has de saber, que si tú, que eres un pobrecillo hijo de pescadores y no tienes más ciencia que leer mal y escribir peor, llegas á ser hombre ilustre y poderoso, no porque saques talento y sabiduría, sino porque á una señora caprichosa ó á un vejete rico se le ocurra protegerte, como otros muchos de quienes cuentan maravillas; has de saber, digo, que tan fácilmente como subas volverás á caer, y hasta los sapos se reirán de tí.

--Eso será lo que Dios quiera--respondí.--Caeremos ó no, pues aunque ignorantes, no nos faltará nuestra gramática parda.

--¿Qué necio eres! Mira: á mí me han dicho...no, nadie me lo ha dicho: pero lo sé...que en el mundo al fin y al cabo, pasa siempre lo que debe pasar.

--Reinita, en eso te equivocas, porque nosotros deberíamos ser ricos, y no lo somos.

--Todos creerán lo mismo, hijito, y es preciso que alguno esté equivocado. Pues bien: todas las cosas del mundo concluyen siempre como deben concluir. No sé si me explico.

--Sí: te entiendo.

A mí me han dicho...no, no me lo han dicho: lo sé desde hace mil años...yo sé que en el mundo todo lo que pasa es según la ley...porque chiquillo, las cosas no pasan porque á ellas les dé la gana, sino porque así está dispuesto. Las aves vuelan y los gusanos se arrastran, y las piedras se están quietas, y el sol alumbra, y las flores huelen, y los ríos corren hacia abajo y el humo hacia arriba, porque así es su regla...¿me entiendes?

—Lo que es eso todo lo sabemos—respondi menospreciando la ciencia de Inesilla.

—Bien, muchacho—continuó la profesora:—¿crees tú que una tortuga puede volar, aunque esté meneando todo la vida sus torpes patas?

—No, seguramente.

—Pues tú pensando en ser hombre ilustre y poderoso sin ser noble, ni rico, ni sabio, eres como una tortuga que se empeñara en subir volando al pico más alto de Guadarrama.

—Pero, reinita y emperatriz—dije yo,—si no pienso subir solo, sino que pienso encontrar, como otros que yo me sé, una personita que me suba en un periquete. Hazme el favor de decirme cuál era la sabiduría y la riqueza del otro, cuando le hicieron duque y generalísimo.

—Pero, señor duquillo—contestó ella jovialmente,—si esa personita le sube á usted, será como si un águila ó buitrè cogiera por su concha á la tortuga para llevársela por los aires. Sí, te levantará; pero cuando estés arriba, el pájaro, que no va á estarse toda la vida con tanto peso en las patas, te dirá: «Ahora, niño mío, mantente solo.» Tú moverás las patucas; pero como no tienes alas, ¡pataplús! caerás en el suelo haciéndote mil pedazos.

—¡Qué tonta eres!—dije con petulancia—Eso pasa en las cosas que se ven y se tocan; pero, chica, lo que se piensa y lo que se siente es otro mundo aparte. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

—Estás lucido, sí—repuso Inés.—Todo debe de ser así mismamente. Cuando tú quieres á una persona ó cuando la aborreces, no es porque se te antoje, ¡Ah! chico; el corazón

tiene también... pues... su ley, y todo lo que pensamos con nuestra cabecita, va según lo que debe ser y está mandado.

—Pero dí, chiquilla, ¿de dónde sabes tú todo eso?—le pregunté.

—¿Pero esto es saber?—respondió con naturalidad.—Pues esto lo saben tú y todos. Deveras te digo que se me ocurrió cuando estabas hablando, y que jamás había pensado en tales cosas.

—¡Picarona! Cuando menos, tienes escondido un rimero de libros, con los cuales te vas á hacer doctora por Salamanca.

—No, hijito, no he leído más libros, fuera de los de devoción, que *Don Quijote de la Mancha*. ¿Nes? A ti te va á pasar algo de lo de aquel buen señor: sólo que aquél tenía alas para volar, ¡pobrecillo! lo que le faltaba era aire en que moverlas.

Inesilla no dijo más. Yo callé también, porque á pesar de mi petulancia, no pude menos de comprender que las palabras de mi amiga encerraban profundo sentido. ¡Y la que así hablaba era una modista, una modistilla! *Ridete cives*.

—Lo que yo sé—dije al fin sintiendo en mí un vivo arrebatado de afecto,—es que te quiero, que te amo, que te adoro, que me subyugas y dominas como á un papanatas, que eres una divinidad, y que juro no hacer cosa alguna sin consultarte. Adiós, reinita: mañana te diré lo que se me ocurra esta noche. Quién sabe, quién sabe si llegaremos á ser... ¿Por qué no? Es preciso estar dispuesto, porque la escalera de los honores es penosa, y si uno se rompe la crisma, como dices... .

—Siempre quedará la del Cielo—dijo inclinando otra vez la cabeza sobre la costura.

—Tienes cosas que me hacen estremecer. Adiós, Inesilla, luz y pensamiento mío.

Dicho esto, me despedí de ella y salí. Al abandonar la casa la sentí cantar, y su armoniosa voz se mezclaba en extraña disonancia con los ecos de la flauta que tañía en lo interior de la morada el buen D. Celestino. Siempre que salía de allí,

mi espíritu experimentaba un reposo, una estabilidad, no sé cómo expresarlo, una frescura, que luego destruía el trato con personas de diversa condición. De esto hablaré en seguida; mas ante todo me cumple manifestar que Inesilla tenía razón al burlarse de mis locos proyectos. Es el caso que como á todas horas oía hablar de personajes nulos, á quienes el cortesano favor elevó á honrosas alturas sin mérito alguno, se me antojó que la Providencia me reservaba, como compensación de mi orfandad y pobreza, una de aquellas repentinas y escandalosas mudanzas que por entonces ocurrían en nuestra España; y de tal modo encajó en mi cerebro semejante idea, que llegó á ser artículo de fe. Me hallaba, por más señas, en la edad en que somos tontos. No todos poseen el dón de saber las cosas desde hace mil años, como Inesilla.

Ahora verán ustedes la serie de circunstancias que llevaron mi necia credulidad al último extremo. Para esto tengo que dar á conocer á otras personas, á quienes espero recibirá el lector con gusto. Hablemos, pues, de teatros.

IV.

El del Príncipe estaba ya reconstruido en 1807 por Villanueva, y la compañía de Máiquez trabajaba en él, alternando con la de la ópera, dirigida por el célebre Manuel García; mi ama y la Prado eran las dos damas principales de la compañía de Máiquez. Los galanes secundarios valían poco, porque el gran Isidoro, en quien el orgullo era igual al talento, no consentía que nadie despuntara en la escena, donde tenía el pedestal de su inmensa gloria, y no se tomó el trabajo de instruir á los demás en los secretos de su arte, temiendo que pudieran llegar á aventajarle. Así es que alrededor del célebre histrión todo era mediano. La Prado, mujer de Máiquez, y mi ama alternaban en los papeles de primera dama, desempeñando aquélla el de Clitemnestra en el *Orestes*, el de Estrella en *Sancho Ortiz de las Rocas* y otros. La segunda se distinguía en el de doña Blanca de *García del Casañar*, y en el de Edelmira (Desdémona) del *Otello*.

La compañía de ópera era muy buena. Además de Manuel García, que era un gran maestro, cantaban su mujer Manuela Morales, un italiano llamado Cristiani, y la Briones. De esta mujer, que era concubina de Manuel García, nació al año siguiente el portentoso de las virtuosas, la reina de las cantantes

de ópera, Mariquita Felicidad García, conocida en su tiempo por la *Malibrán*.

Figúrense ustedes, señores míos, si estaría yo divertido con representación ó música por tarde y noche asistiendo gratis, aunque por dentro y en sitios donde se pierde parte de la ilusión, á las funciones más bonitas y más aplaudidas que se celebraban en Madrid; rozándome con guapisimas actrices, y familiarizado con los hombres que hacían reír ó llorar á la corte entera.

Y no piensen ustedes que sólo alternaba con los cómicos, gente que entonces no era considerada como la nata de la sociedad; también me veía frecuentemente en medio de personajes muy ilustres, de los que menudeaban en los vestuarios; no faltando en tales sitios alguna dama tan hermosa como linajuda de las que no desdaban de ensuciar su guardapiés con el polvo de los escenarios.

Precisamente voy á contar ahora cómo mi ama tenía relaciones de íntima amistad con dos señoras de la corte, cuyos títulos nobiliarios, de los más ilustres y sonoros que desde remoto tiempo han exornado nuestra historia, me propongo callar por temor á que pudieran enojarse las familias que todavía los llevan. Estos títulos, que recuerdo muy bien, no serán escritos en este papel; y para designar á las dos hermosas mujeres, emplearé nombres convencionales.

Recuerdo haber visto por aquel tiempo en la fábrica de Santa Bárbara un hermoso tapiz en que estaban representadas dos lindas pastoras. Habiendo preguntado quiénes eran aquellas simpáticas chicas, me dijeron: «Estas son las dos hijas de Artemidoro, á saber: *Lesbia* y *Amaranta*.» He aquí dos nombres que vienen de molde para mi objeto, amado lector. Haz cuenta que siempre que diga *Lesbia*, quiero significar á la duquesa de X, y cuando penga *Amaranta*, á la condesa de X.

En cuanto á su hermosura, todo lo que mi descolorida pluma pueda expresar será poco para describirlas, porque eran encantadoras, especialmente la condesa de . . . digo, *Amaranta*. Ambas tenían gusto muy refinado por las artes, protegían á los pintores y á los cómicos, ponían bajo su patrocinio las

primeras representaciones de la obra de algún poeta desvalido, coleccionaban tapices, vasos y cajas de tabaco, introducían y propagaban las más vistosas modas de la despótica París, se hacían llevar en litera á la Florida, merendaban con Goya en el Canal, y recordaban con tristeza la trágica muerte de Pepe Hillo, acontecida en 1,803.

Nada tiene de extraño, pues, que su misma vida, la tumultuosa ansiedad de novedades y fuertes impresiones que las dominaba, fuesen parte á lanzarlas en un dédalo de aventuras, tales como la que voy á contar. Las pobrecillas no sabían otra cosa, y puesto que habían perdido cuanto la rancia educación española pudo haberlas dado, sin adquirir nada que llenase este vacío, no debemos culparlas acerbamente. Alguno quizás las culpe, y con razón, aunque por otras cosas; pero ¡ay! eran. . . . lindísimas.

Una tarde mi ama salió de muy mal humor del teatro. Isidoro la había reprendido no sé por qué, y aquí debo advertir que el sublime actor trataba á sus subalternos como si fueran chiquillos de escuela. Al llegar Pepita á su casa, me dijo:

—Prepara todo, que vendrán á cenar las señoras *Lesbia* y *Amaranta*.

El preparar todo, consistía en azotar un poco los muebles de la sala, para limpiar el polvo, ó mejor dicho, para que el polvo variara de sitio; en echar aceite en los velones; en comprar la prima para la guitarra, si le faltaba; en llamar á D. Higinio para que afinase el clave; limpiar las cornucopias; ir por una remesa de pomada á la *Marechala*, etc., etc. En cuanto á la cena, venía hecha de una repostería. Di cumplimiento á éstos encargos, y pedí nuevas órdenes; pero mi ama estaba de muy mal humor, y sin hacer caso de lo que le decía, me preguntó:

—¿No te dijo si venía esta noche?

—¿Quién?

—Isidoro

—No, señora; no me ha dicho nada.

—Como hablaba contigo al concluir la representación.....

—Fué para decirme que si volvía á enredar entre bastido-

res mientras él representaba, me mandaría desollar vivo.

—¡Qué genio! Le convidé para venir y no me contestó.

Después de esto no dijo más, y con ademán triste y sombrío se encerró en su cuarto con la criada para cambiar de vestido. Seguí preparando todo, y al poco rato apareció mi ama.

—¿Qué hora es?—preguntó.

—Las nueve acaban de dar en el reloj de la Trinidad.

—Me parece que siento ruido en el portal—dijo con mucha ansiedad.

—La señora se equivoca.

—De modo que él no te dijo terminantemente si venía ó no venía.

—¿Quién, Isidoro? No, señora, nada me dijo.

—Como tiene ese genio tan..... ya ves qué incomodado estaba esta tarde. Sin embargo, yo creo que vendrá. Le convidé ayer, y aunque no me dijo una palabra..... él es así.

Al decir esto, mostraba en su semblante una inquietud, una agitación, una zozobra, que eran señales de las vivas emociones de su alma. ¿A qué tanto interés por la asistencia de Isidoro, persona á quien diariamente veía en el teatro?

Después examinó la sala, por ver si faltaba algo, y se sentó aguardando la llegada de sus convidados. Al fin sentimos abrir la puerta de la calle, y pasos de hombre sonaron en la escalera.

—El es—dijo mi ama levantándose de un salto y andando con cierto atolondramiento por la habitación.

Yo corri á abrir, y un instante después el gran actor entró en la sala.

Isidoro era un hombre de treinta y ocho años, de alta estatura, actitud indolente, semblante pálido, y con tal expresión en éste y en la mirada, que observado una vez, su imagen no se borraba nunca de la memoria.

Aquella noche traía un traje verde obscuro, con pantalón de ante y botas polonesas, prendas todas de irreprochable elegancia que usaba con más propiedad que ninguno. Su vestir era un modo de ser propio y personal; él constituía por sí un

especie de moda, y no se podía decir que se sometiera, cual dócil lechuguino, al uso común. En otros infringir las reglas habría sido ridículo; pero en él infringirlas era lo mismo que modificarlas ó crearlas de nuevo.

Yo os lo daré á conocer más adelante como actor. Por ahora podeis conocer algunos rasgos de su carácter como hombre. Al entrar se arrojó sobre un sillón sin saludar á mi ama más que con una de esas fórmulas familiares é indiferentes que se emplean entre personas acostumbradas á verse con frecuencia. Por un buen rato permaneció sin decir nada, tarareando un aria, con la vista fija en las paredes y en el techo, y sin dejar de golpearse la bota con el bastón.

Sali de la sala á treer no sé qué cosa, y al volver oí á Isidoro que decía.

—¡Qué mal has representado esta tarde, Pepilla!

Observé que mi ama, turbada como una chiquilla ante el fiero maestro de escuela, no supo contestar más que con trémulas frases á aquella brusca reprensión.

—Sí—continuó Isidoro;—de algún tiempo á esta parte estás desconocida. Esta tarde todos los amigos se han quejado de tí y te han llamado fría, torpe.... Te equivocabas á cada instante, y parecías tan distraída, que era preciso que yo te llamara la atención para que salieras de tu embobamiento.

Efectivamente, según oí entre bastidores aquella tarde, mi ama había estado muy infeliz en su papel de Blanca en *García del Castañar*. Todos los amigos estaban sorprendidos, considerando la perfección con que la actriz había desempeñado en otras ocasiones papel tan difícil.

—Pues no sé—respondió mi ama con voz conmovida.— Yo creo que he representado esta tarde lo mismo que las demás.

—En algunas escenas sí; pero en las que dijiste conmigo estuviste deplorable. Parece que habías olvidado el papel, ó que trabajabas de mala gana. En la escena de nuestra salida recitaste tu soneto como una cómica de la legua que representa en Barajas ó en Cacabelos. Al decirme:

No quieren más las flores al rocío
que en los fragantes vasos el sol bebe. . . .

tu voz temblaba, como la de quien sale por primera vez á las tablas. . . me diste la mano y la tenías ardiendo, como si estuvieras con calentura. . . te equivocabas á cada momento, y parecías no hacer maldito caso de que yo estaba en la escena.

--¡Oh, no. . . pero te diré! El mismo miedo de hacerlo mal. Temía que te enfadaras, y como nos reprendes con tanta violencia cuando nos equivocamos. . . .

--Pues es preciso que te enmiendes si quieres seguir en mi compañía. ¿Estás enferma?

—No.

—¿Estás enamorada?

—¡Oh, no, tampoco!—contestó la actriz con turbación.

—Apuesto á que por atender demasiado á alguna persona de las lunetas, no acertabas con los versos de la comedia.

—No, Isidoro, te equivocas—dijo mi ama afectando buen humor.

—Lo raro es que en las escenas que siguieron, sobre todo en la de Don Mendo, hiciste perfectamente tu papel; pero luego en el tercer acto, cuando te tocó otra vez declamar conmigo, vuelta á las andadas.

—¿Dije mal el parlamento del bosque?

—No; al contrario, recitaste con buena entonación los versos

¿Dónde voy sin aliento,
cansada, sin amparo, sin intento,
entre aquesta espesura?
Llorad, ojos, llorad mi desventura.

En la escena con la reina también estuviste muy feliz, lo mismo que en el diálogo con Don Mendo. Con qué elocuente tono exclamaste «¡tengo esposo!» y después de aquello de

Si harán,
porque bien ó mal nacido,
el más indigno marido
excede al mejor galán,
pero desde que salí yo y me viste.

—Es lo que digo. El temor de hacerlo mal y disgustarte. . . .

—Pues me has disgustado deveras. Cuando decías: «Esposo mío, García,» te hubiera dado un pescozón en medio de la escena y delante del público. Marmota, ¿no te he dicho mil veces cómo deben pronunciarse esas palabras? ¿No has comprendido todavía la situación? Blanca teme que su marido sospecha una falta. El contento que experimenta al verle, y el temor de que García dude de su inocencia, deben mezclarse en aquella frase. Tú, en vez de expresar estos sentimientos, te dirigiste á mi como una modistilla enamorada, que se encuentra de manos á boca con su querido hortera. Luego, cuando me suplicabas que te matara, lo hicistes sin lo que llamamos nosotros decoro trágico. Parecía que realmente deseabas recibir la muerte de mi mano, y hasta te pusiste de hinojos ante mí, cuando te tengo dicho terminantemente que no hagas tal cosa, sino en los pasajes en que te lo ordene. En las décimas

García, guárdete el cielo,

te equivocaste más de veinte veces, y cuando yo te dije

¡ay, querida esposa mía,

qué dos contrarios extremos!

te arrojaste en mis brazos, cuando aún no era llegada la ocasión; cuando yo, preocupado por el agravio recibido, no podía entregarme á halagos amorosos. Echaste á perder el final, Pepilla, desluciste la comedia, y me desluciste á mí.

—Yo no puedo deslucirte nunca.

—Pues ya ves cómo no fui aplaudido esta tarde como las anteriores; y de esto tienes tú la culpa, si, tú misma, por tus torpezas y tus tonterías. No haces caso de mis lecciones, no te esfuerzas por complacerme, y por último, me pondrás en el caso de quitarte el partido en mi compañía, poniéndote de parte de por medio ó racionera, si no me obligas con tus descuidos á echarme del teatro.

—¡Ay Isidoro!—dijo mi ama.—Yo procuro siempre hacerlo lo mejor posible para que no te enfades ni me riñas; pero tanto miedo tengo á que me reprendas, que en la escena tiemblo

desde que te veo aparecer. ¿Querrás creer una cosa? Puesto que estamos representando juntos, hasta temo hacerlo demasiado bien, porque si me aplauden mucho, me parece que tomo para mí una parte del triunfo que á ti solo corresponde, y creo que has de enfadarte si no te aplauden á ti solo. Este temor, unido al que me causas cuando me amenazas por señas ó me corriges con enojo, me hace temblar y balbucir, y á veces no sé lo que me digo. Pero descuida, que ya me enmendaré: no tendrás que echarme de tu teatro.

No oí lo que siguió á estas palabras, porque salí con un velón que exhalaba mal olor; al volver noté que la conversación había variado. Isidoro permanecía en el sillón con indolencia y mostrando un gran aburrimiento.

—¿Pero no vienen tus convidados?—preguntó.

—Es temprano. Veo que te fastidias en mi compañía—contestó mi ama.

—No; pero la reunión hasta ahora no tiene nada de divertida.

Isidoro sacó un cigarro y fumó. Debo advertir que el ilustre actor no gastaba tabaco por las narices, como casi todos los grandes hombres de su tiempo, Talleyrand, Metternich, Rossini, Moratin y el mismo Napoleón, que, si no miente la historia, por abreviar la operación de sacar y destapar la tabaquera, llevaba derramado el aromático polvo en el bolsillo del chaleco, forrado interiormente de hule; y mientras disponía los escuadrones de Jena, ó durante las conferencias de Tilsitt, no cesaba de meter en el susodicho bolsillo los dedos pulgar é índice para llevarlos á la nariz cada minuto. Por esta singular costumbre dicen que el chaleco amarillo y las solapas que cubrían el primer corazón del siglo, eran una de las cosas más sucias que se han enseñoreado de la Europa entera.

Farinelli también se atarugaba las narices entre un aria y un oratorio, y de ciertos papeles viejos que hemos visto, se desprende, que el mejor regalo que podía hacer una dama enamorada, ó un noble entusiasta, á cualquier músico, pintor ó virtuoso italiano, era un par de arrobas de tabaco.

El abate Pico de la Mirandola, Rafael Mengs, el tenor Montagnana, la soprano Pariggi, el violinista Alai y otras notabilidades del teatro del Buen Retiro, consumieron lo mejor que venía de América en los regios galeones.

Perdónese me la digresión, y conste que Isidoro no usaba tabaco en polvo.